Hincapié Sánchez, Jennifer, *De ironía y seducción. Ensayos sobre Kierkegaard*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2019. 166 páginas. ISBN: 978-958-714-862-6.

Oscar Barrera Sánchez

El libro *De ironía y seducción. Ensayos sobre Kierkegaard*, de Jennifer Hincapié, nos permite reflexionar sobre varios puntos.

En primer lugar, el texto muestra la importancia de Kierkegaard en la crítica de la racionalidad de los “absolutos” que han conformado la modernidad y la forma en que los individuos (nos) vivimos en ella. Sin ser uno de los maestros de la sospecha señalados por Paul Ricœur, Kierkegaard bien podría ubicarse en uno de los ejes fundamentales y transversales para entender la dialéctica constitutiva de lo interior, como subjetividad, con relación a la exterioridad, objetividad. Sin embargo, es necesario señalar que la comprensión de la famosa dialéctica del siglo XX que inundó las aulas y los discursos doctos fue trucada: por una parte, ante un idealismo hegeliano que sintetizó en el espíritu absoluto racional, la fe y la razón, mientras que, por otro lado, un materialismo dialéctico que, cargado en sentido inverso, absolutizó el exterior objetivo, como consecuencia de las condiciones materiales de existencia.

En segundo lugar, el trabajo kierkegaardiano, retratado en *De ironía y seducción*, hace patente la importancia de la ironía como la forma en que la subjetividad impone sus derechos en el discurso; en que la sensualidad y el goce subjetivo tienen una suerte de ipseidad que retorna a la ironía misma, pero que permite la mirada ante aquello que no es digno de verse desde lo absoluto, racionalidad que se encierra en la palabrería de la racionalidad científica-técnica.

Tal y como Michel Foucault identificará como una estrategia el ocultar mostrando y el mostrar ocultando, Kierkegaard reconoce en la ironía una forma de develamiento de la realidad, como la Dra. Hincapié lo menciona: “La ironía se muestra más que nada como aquella que concibe el mundo, que busca mistificar el mundo que le rodea, no tanto para ocultarse ella misma sino para hacer que otros se revelen. Pero la ironía puede mostrarse también cuando el ironista busca despistar al mundo circundante respecto de sí mismo”.

El ironista se comunica indirectamente y convierte a la ironía en la sospecha misma. En ese sentido, Kierkegaard no es un maestro de la sospecha, sino que él mismo se convierte en la sospecha, es un ironista

irónico, inatrapable en la categoría aristotélica y cada vez más cercano a un *epimelestés*, un *epimeletes* y un *phrontistés* como lo era Sócrates, es decir, un maestro de verdad, un practicante de espiritualidad y un meditador; cualidades propias de un ironista y un seductor. En ese sentido la mención socrática de la docta ignorancia a la que se apegaba el filósofo danés puede ser entendida: “Al apartarme, conversaba conmigo mismo: ‘yo soy más sabio que este hombre; es probable que ninguno de nosotros dos sepamos nada fuera de lo común, pero este cree que sabe algo, no sabiendo, mientras que yo, como no sé, no creo saber’”. Sócrates y Kierkegaard saben algo más que los demás, que no saben, lo cual los hace saber y hacerlo demasiado, tal como ocurría con *Aedipus Tiranos*. Edipo sabía y sabía demasiado, lo cual le daba un poder sobre sí que le permitía ejercerlo sobre los otros.

Además, el ironista Sócrates-Kierkegaard es un *parrhesiastés*. Lo que lo distinguía y en lo que radicaba dicha voluntad irónica era la sinceridad; él existía para llamar la atención, misma que era producto de su sinceridad auténtica, manifiesta en la propia ironía. Tal y como mencionaba, en 1996, Karl Jaspers “(...) No luchó ni por el cristianismo ni por ninguna otra causa determinada. No participó en ninguna realización del mundo. No tuvo profesión, no se casó”. Él mismo decía “Soy la sinceridad humana”. Parrhesía-sinceridad, que da a la subjetividad de cada individuo el gobierno de sí y la inquietud de sí para lograr la respuesta en su propia interioridad, *enethymoúmen*.

Pero no se puede ser sincero ante sí, se es un *parrhesiastés* ante los demás. De ahí la importancia de la dialéctica, primero como reconocimiento de otro con quien comunicar(se); segundo como un intercambio dialógico que incita a pensar(se) ante sí y los demás. Ninguna pregunta es inocente dirían François Chatelet y Jacqueline de Romilly; así surgió nuestra propia conciencia subjetiva.

Esta negatividad de la exposición a la dialéctica socrática ágrafa y a la escritura de la dialéctica irónica kierkegaardiana favorece el saber sobre sí, sobre la propia vida, *epimeleia heautou*, contrariamente al soliloquio disciplinario, aséptico, del conocimiento del afuera, *gnoti sauton*, que produce sujetos enajenados o pedantes doctorales, así como sociedades sin los otros, con exceso de positividad, cansadas, aburridas profundamente, como lo señala Byung-Chul Han.

Sin embargo, es aquí donde esta ironía kierkegaardiana encuentra el punto que articula no sólo la libertad y la condena mutua con la responsabilidad, la individualidad ante El-radicalmente-Otro (como

lo menciona Jacques Derrida) y lo absurdo de la fe, con la angustia y la posibilidad del salto cualitativo. Un nuevo Kierkegaard *aemulatio* Abraham, (se)transforma de un héroe trágico, en El Caballero de la fe, que funda la posibilidad de creer que se cree (al estilo de Gianni Vattimo) en Occidente y Medio Oriente. Al igual que el patriarca fundador de las Religiones del Libro, Kierkegaard tiene que decidir (definiendo el optar como el momento de la locura), actualizando y encarnando míticamente su propia heroicidad, al provocar la ruptura de su relación amorosa con Regina Olsen, creando una semejanza ética-teológica entre Abraham-Kierkegaard/Regina-Isaac/Kierkegaard-Isaac. De igual forma que Nietzsche firmaba en sus últimas cartas como Cristo-Dioniso, el filósofo danés se diseñaba como Kierkegaard-Abraham. Este optar, mismo que parte de la santidad de lo absurdo que distingue a El Caballero de la fe, lo vive ante el diálogo y la donación de lo más amado a ese radicalmente-Otro, que permite la individualidad angustiante/efusiva, *tremen et fascinats*, de estar solo ante sí y ante Dios y que el silencio es la manera más conveniente del habla que habla.

De ahí que los primeros ensayos que Jennifer Hincapié presenta en su libro, permiten identificar el juego en una dialéctica cíclica del y en el devenir de la existencia en contra posición a la dialéctica hegeliana, superadora de etapas, teleológica del absoluto abstracto. Parafraseando a Michel Foucault, la sonrisa de la máscara de la muerte sonríe y Kierkegaard irónicamente le guiña un ojo.

En tercer lugar, Kierkegaard, como señala Jasper, “(...) el hombre de la reflexión infinita, de la sinceridad incondicional, del mundo de seudónimos inventados, habló también, sin embargo, directamente como cristiano”. Diría yo, que Kierkegaard era un religioso (entendiendo la religión como la definía Ortega y Gasset), un ser escrupuloso, alguien que cuida de sí (en contraposición al negligente). En este sentido es que la seducción, el otro eje fundamental del texto, se entrelaza en la constitución del individuo responsable de crear una arquitectura de sí, basada en la ética como estética de su existencia, según las similitudes, proyectos y apuestas de Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger, Michel Foucault y Michel Onfray. El seductor es aquel que se compromete con la vida, lo cual menciona Kierkegaard como la “exuberancia vital de la jovialidad” que se ve reflejada en el amor galante y que se muestra en la práctica de una moral de la altura y la afirmación, una inocencia y una vitalidad que desbordan. Su ética es también una estética y, por tanto, produce una bella individualidad y una naturaleza artística cuyas aspiraciones son el heroísmo o la santidad.

En cuarto lugar: “Se escribe para no morir”. Igualmente, esta lapidaria expresión incita a vivir, a no olvidarse de vivir, como lo planteaba Pierre Hadot. Así lo entendió Kierkegaard, a quien Jennifer Hincapié destina la última parte de los ensayos de este libro, permitiendo re-vivir al filósofo danés que nos incita a no caer en la positividad cientificista, lógica y técnica de la modernidad y donarnos a la negatividad constituyente de la subjetividad y, por lo tanto, de la diversidad y la multiplicidad de y en la existencia; mientras que por otra parte ella misma, la autora, escribe y se excribe (en términos de Jean-Luc Nancy) a través de la escritura sobre el autor. Posiblemente, además de Johannes de Silentio, Anti-Clamacus, Simón el Estilista, Víctor Eremita y Esteta A, un nuevo pseudónimo de Kierkegaard pueda ser Jennifer Hincapié Sánchez, quien escribe para no morir y no dejarlo morir.

Finalmente, sólo queda una deuda en el texto. Deuda con Kierkegaard y con los lectores: la investigación futura sobre la escritura del cristiano Kierkegaard y su entrega al cristianismo, mencionada por la autora en las páginas 133 y 134 y, que sin duda alguna, será un buen referente para seguir articulando el goce estético, el erotismo musical, la sonrisa irónica, las oraciones, entre salmos (diapsálmata) y la donación a la fe y desde ella a lo radicalmente absurdo del silencio ante la misma voz del que *Es el que Es*, que proveerá, tal y como lo hizo en el Moriah y que hoy está presente, nuevamente, a través de Søren Kierkegaard y el habla-escritura de Jennifer Hincapié Sánchez, como extensión de la fe verdadera. Cualidad del *Mysterium* teológico; cualidad kierkegaardiana: podemos conocerlo, pero nunca lo hacemos por completo.

De ironía y seducción. Ensayos sobre Kierkegaard, es un texto de gran valor para todo aquel que busca comprender no sólo a una mente trascendente y brillante como la del filósofo danés que ha marcado al siglo XX, directa e indirectamente y, que lo hace hasta ahora, dándonos algunas claves filosóficas, éticas, estéticas y discursivas para ironizar, seducir y jugar en un mundo en exceso positivo que asfixia la existencia de cada individuo. La autora ha transmitido un *pathos* que permite acercarse, comprender y vibrar con una de las vidas y mentes que han puesto en entredicho las grandes estructuras de la modernidad: Søren Kierkegaard.